

# “Zapatero, a Tus Zapatos”

por Sebastián Salazar Bondy

LP. 27/03/1958

Hace algunos años, cuando Víctor Macho realizó el monumento a Miguel Grau, ciertos peritos en historia pusieron el grito en el cielo porque la representación del gran marino no respondía, a su juicio, a la verdad: que no usó botas semejantes, que no tuvo esa actitud arrogante, que éste o aquél detalle eran arbitrarios. Afortunadamente, la presión de dichos expertos no varió el bello conjunto de la obra. Más tarde, un Presidente de la República y su Primer Ministro consideraron que la posición en que se hallaba la figura del coronel Francisco Bolognesi en el monumento de la plaza de su nombre no estaba de acuerdo con la idea que ellos tenían del mártir de Arica y cometieron el abuso de variar la actitud de la escultura a su capricho. Hoy varios “folkloristas” afirman que la escultura sobre la Marinera que fuera premiada en el concurso respectivo no es expresión fiel del baile popular. En los tres casos —lo cual demuestra que entre nosotros el arte está supeditado sólo a la opinión de los especialistas en el tema en el que se apoya como pretexto— se confunde idea y expresión. Es cuestión de cultura, sin duda.

Dentro de tan erróneo concepto, y de privar tan lamentable confusión, buena parte de la producción de la escultura universal sería prácticamente desvalorizada y eliminada por no compadecerse con la realidad visible, con la apariencia externa de las cosas y las personas por ella representadas. Sin contar la escultura oriental, de un plumazo serían expulsadas del arte las esculturas de las escuelas románica y gótica —tan poco realistas—, a las cuales habría que añadir bastante de la obra de los renacentistas. Porque, ¿responden a la verdad histórica la “Historia de Adán y Eva” de Jacopo della Quercia, el “David Ado-

lescente” del Verrocchio, el “Perseo” de Cellini, el “Moisés” de Miguel Angel, para citar sólo unos cuantos? Graves objeciones temáticas tendrían hacer a estas piezas los partidarios del verismo y la objetividad. ¿Y qué diremos de la escultura barroca? ¿Cuántas veces Bernini, el Borromini, Francisco de Herrera, Martínez Montañés y otros adecuaron el asunto a su propósito esencial-

chos señores y señoras mirarian la escultura de todos los tiempos desde un punto de vista puramente documental, sin valor cuando lo que se juzga es arte y no crónica. ¿Escultura de un torero sin toro? ¡Mala, porque no hay matador sin fiera! ¿Escultura de un futbolista sin los otros veintitún jugadores y la pelota? ¡Mala, pues nunca se da en la realidad un practicante de dicho deporte sin sus camaradas y el balón! ¿Escultura de una bailarina de ballet sin la presencia de su “partenaire”? ¡Malo, ya que siempre la que danza lo hace acompañada de una pareja! ¿A reproducir fielmente la objetividad!, sería, según los firmantes de las cartas publicadas ayer en esta página con ocasión del fallo del reciente concurso escultórico sobre la Marinera, la consigna para el arte.



mente estético! Ni citar el rococó que viste a los personajes de cualquier tiempo con el aire versallesco característico de la época.

Sería demasiado hablar de la escultura moderna y más aún de la contemporánea. Rodin y Bourdelle, Henry Moore y Marini, Gargallo y Macho, para aludir únicamente a los nombres que acuden a la mente en el instante, hubieran sido condenados por los defensores del mecenazgo que dio 10 mil soles por una Marinera escultórica que se adecuara a su particular gusto. Tal vez hubieran dicho que “El Pensador” del primero no es tal porque no hay pensador que medite en paños menores o que el monumento a Cajal del último no constituye cumplido homenaje al sabio pues no aparece en él su laboratorio de histólogo. En fin, en cualquier caso di-

Lo cual es absurdo, pues el artista obra con su imaginación y toma el asunto como un pretexto a partir del cual, y como una simple sugestión, crea un objeto nuevo, bello y singular. La sencilla y bella obra de Roberto Guzmán García, ganador indiscutible de los 10 mil soles del concurso de la Marinera, alude a la danza criolla, en la cual se inspira, pero no la retrata. En cuanto al baile mismo, mucho habría que hablar, pero el cronista que esto escribe piensa siempre antes de opinar sobre algo que no conoce en el refrán que la gente sensata tiene siempre a flor de labios: “Zapatero, a tus zapatos”. ¿Cuántas palabras se habrían ahorrado, en este caso, si se hubiera pensado en él oportunamente!